

plegaven, abans del «pacte de Sant Gervasi», les signatures més prestigioses dels escriptors i polítics d'esquerra: Pous i Pagès, Rovira i Virgili, Prudenci Bertrana, Gabriel Alomar, Màrius Aguilar, Dídac Ruiz, etc. Per aquella redacció del diari catalanista republicà passaren també Claudi Ametlla, Xavier Gambús, Noguer i Comet, Rafael Campalans, Manuel Reventós, Carles Soldevila. Al *Poble Català* rep Alexandre Plana d'una manera especial l'influència política de Rovira i Virgili, vingut a la causa nacionalista pel camí del federalisme. No ha de sorprendre doncs que el primer llibre del nostre amic hagi estat un estudi sobre *Les idees polítiques de Valentí Almirall*, publicat l'any 1913»<sup>8</sup>.

Los trabajos de *El Poble Català* definen a Plana como un liberal radical, fervoroso partidario de los ideales de democracia y de justicia social, en el marco de unas inflexibles convicciones que tienen como eje vertebrador el respeto de los derechos de cada uno de los pueblos ibéricos. Josep Pla, a quien Plana apadrinó en sus primeros pasos de periodista en *La Publicidad* a fines de la segunda década del siglo y hacia quien volcó su latente homosexualidad (*El Quadern Gris* ofrece puntual información), le recuerda en uno de sus magistrales *Retrats de passaport* (1970) como «un home literalment pastat en les idees de llibertat, de negociació i de convivència»<sup>9</sup>.

Al comienzo de la primavera del 14 abandona *El Poble Català* y el 12 de junio inicia su colaboración en *La Vanguardia* bajo el marbete de «Las ideas y el libro». Entre tanto se ha publicado su *Antologia de poetes catalans moderns* (Barcelona, Societat Catalana d'Edicions, 1914), que fue ampliamente discutida en el mundo literario catalán, aunque el canon de su conformación atiende de forma indiscutible a los presupuestos estéticos del *noucentisme*.

Después de cuatro años –los de la Gran Guerra– de colaboración regular en el periódico de la calle Pelayo, Plana abandonó la crítica literaria y pasó a ocuparse del mundo del cine en *La Publicidad*. Corría el año 1920 y Lluís Nicolau d'Olwer le recuerda con propiedad: «La fina intuició periodística de Romà Jori el crida a la crítica cinematogràfica –la primera que va fer-se a Barcelona– en aquella fulla vibrant a totes les inquietuts de l'art i de la cultura, que era l'edició vespral de *La Publicitat*»<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Lluís Nicolau d'Olwer, Caliu, Barcelona, *Selecta*, 1973, p. 139. *El memorialista sufre un lapsus: la primera edición del libro sobre Almirall es de 1911.*

<sup>9</sup> Josep Pla, «Alexandre Plana» (1960), *Retrats de passaport*, Obra Completa, t. 17, Barcelona, Destino, 1982, p. 111.

<sup>10</sup> Lluís Nicolau d'Olwer, Caliu, p. 147. *En realidad los artículos de Plana –escritos en castellano– vieron la luz cuando todavía el periódico era La Publicidad.*

Los años veinte conocen sus trabajos críticos en *La Publicitat*, *La Revista* y otras publicaciones de corte *noucentista*. A finales de la década, desde las columnas de *La Publicitat*, y al comenzar los años treinta desde el importante semanario fundado por Amadeu Hurtado, *Mirador*, ejerció la crítica de discos. Según varios testimonios contemporáneos Plana poseía una magnífica discoteca, que se reconoce en los brillantes comentarios firmados con el pseudónimo «Discòfil». En la sección de *la Publicitat*, «La música en disc», el curioso lector tropezará con certeros juicios sobre la música de cámara, la sinfónica, la ópera, el jazz e, incluso, el tango, desde la perspectiva de un crítico que cree que el mundo de las grabaciones discográficas a la altura de 1930 viene determinado por una transición entre los tiempos viejos y los nuevos tiempos, cuya frontera son las grabaciones wagnerianas: «L'augment gradual de producció de discos wagnerians permet els discòfils d'esperançar en un canvi lent però segur de repertori», escribe en la sección de *La Publicitat* del 24 de marzo de 1929.

Sus trabajos críticos se cierran en *La Vanguardia*, reclamado por Gaziell —su director— para ejercer la crítica de las artes plásticas. En la sección «Arte y artistas» comentó desde 1934 las exposiciones barcelonesas, reviviendo una pasión que había producido años atrás (1920), entre otros frutos, su libro en colaboración con Pla sobre Joaquim Sunyer.

Tal y como ha recordado Pla en *Prosperitat i rauxa de Catalunya*, los últimos años de la vida de Plana fueron deplorables: «Republicà, liberal, progressista, desproveït d'una qualsevol forma de fanatisme, cregué sempre que la situació social es podia anar arreflant amb la negociació, la compensació, amb una visió moderna i europea del problema. Quant es trobà davant la guerra civil i la revolució, quedà como un enze, como si veiés visions»<sup>11</sup>. Durante la guerra civil sobrevivió en París, nombrado administrador general del Museu de Catalunya. Al acabar la guerra, solo y desanimado, encontró en la familia de Sagarra cobijo. En la residencia «Ville des Mimosas», en Banyuls, murió de un infarto el 7 de mayo de 1940<sup>12</sup>.

Desde el punto de vista de la crítica literaria son los años de *La Vanguardia* (1914-1918) los que ofrecen los mejores registros del quehacer de Plana. Iolanda Pelegrí<sup>13</sup> advirtió que ya en los artículos de *El Poble Català* Plana entendía la crítica como una perspectiva, una mirada complementa-

<sup>11</sup> Josep Pla, «La penya de l'Ateneu», *Prosperitat i rauxa de Catalunya*, Obra Completa, t. 32, Barcelona, Destino, 1977, p. 471.

<sup>12</sup> De sus últimos días hay noticia en Lluís Permanyer Sagarra vist pels seus íntims, Barcelona, Edhasa, 1982, pp. 121-123.

<sup>13</sup> Iolanda Pelegrí, «Pròleg» a *Alexandre Plana*, Les valors del nostre renaixement, Barcelona, Edicions 62, 1976.

ria, sobre la obra enjuiciada; perspectiva que comporta gusto y sensibilidad por parte del crítico, pero también e inexcusablemente desentrañamiento de los fundamentos estéticos del autor y de su materialización en la obra de creación. Plana entiende –al modo de Oscar Wilde– la crítica como un arte, como un valor creador que, sin embargo, tanto en la teoría como en la práctica inquiere por el sentido íntimo de la obra analizada, para una vez desnudado, enriquecerlo. Para Plana la comprensión de la obra artística, que el crítico lleva a cabo en su hermenéutica, conlleva la necesidad de los prejuicios del crítico:

«Una crítica fría, opaca, equidistante de todos los puntos extremos es la mayor negación de la crítica. Sin ideas propias, sin temperamento personal, sin una sensibilidad trabajada, la labor crítica carece de trascendencia, es un ejercicio más en el vacío, y las palabras son voces en el viento»<sup>14</sup>.

Conviene decir que los prejuicios de Plana nacen de una cultura densa y dilatada, de un fervoroso devorador de la *Nouvelle Revue Française*. Buen gusto natural, lectura incesante, amplia curiosidad cosmopolita y claridad de análisis son sumandos que perfilan un punto de vista singularmente rico, riguroso en el empleo del positivismo y con contrastes amplios y oportunos. Un magnífico abanico de rasgos que se hacen patentes en el análisis del *Canto a la Argentina* a comienzos del 15 y en el artículo necrológico, verdadero compendio de la poética y la estética del maestro nicaragüense. En ellos –y siguiendo a Croce<sup>15</sup>– Plana demuestra su erudición, constata su buen gusto y representa el arte de Darío con buen tino. Cumple así de la mejor manera posible el acto crítico, que tal y como escribió en un ácido comentario sobre Julio Casares y su *Crítica profana* «consiste en el acto simplicísimo de añadir un predicado al sujeto de la contemplación»<sup>16</sup>.

Al esmerado conocimiento de la obra poética de Rubén (que he tratado de poner de relieve con las notas que salpican el texto de los artículos que se reproducirán en un número próximo), Plana añade la claridad con la que se aproxima a sus diversos libros. De esa claridad expositiva deducimos que su quehacer lírico es una síntesis de las grandes corrientes poéticas de

<sup>14</sup> Alexandre Plana, «Las ideas y el libro. Las máscaras de Ramón Pérez de Ayala», La Vanguardia (16-VI-1917).

<sup>15</sup> Croce es la autoridad estética y crítica más invocada por Plana, quien en su estela prefiere como «mal menor» la laboriosidad de una crítica erudita que la genialidad infecunda de la crítica ignorante. Cf. «Las ideas y el libro. Historia de la lengua y la literatura castellana de Julio Cejador», La Vanguardia (4-IV-1915).

<sup>16</sup> Alexandre Plana, «Las ideas y el libro. Crítica profana de Julio Casares» La Vanguardia (9-II-1916).

la segunda mitad del XIX y de amplios abanicos temáticos (la naturaleza americana, la historia, la literatura, las artes, la ciudad, etc.). Síntesis que apasiona a Plana porque no tiene «un fundamento nacional». Poeta inclasificable en una determinada escuela poética o en una geografía específica, Rubén aparece desde la lectura del crítico barcelonés como un maravilloso transformador que «limita su visión a lo que le parece bello»; es decir, aunque lo comprende todo, aunque su visión alcanza radios muy amplios, «solo aceptaba lo que era capaz de revestirse de una bella imagen».

En esa labor de síntesis y de creador de belleza, Plana atina a señalar el lugar central de Rubén como forjador de una lengua poética que tiene como correlato esencial la música. Sabedor de la afirmación del poeta en «Dilucidaciones» –«he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música, música de las ideas, música del verbo»<sup>17</sup>– el crítico acentúa el valor musical de todos los fonemas, las correspondencias horizontales y las audacias rítmicas que Rubén practica para conseguir «mágicas sonoridades verbales» en una infinita variedad de temas líricos: poesía y música amalgamadas hacia «el divino impulso» que eleva, trasciende y embellece todas las realidades que toca.

Desde su sólida formación y fina sensibilidad, Plana se fascina por la invención verbal y por el cosmopolitismo temático de la lírica de Rubén, añadiendo los oportunos predicados críticos a un arte que «no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos»<sup>18</sup>. A esta luz Alexandre Plana ocupa cronológicamente después de Juan Valera, José Enrique Rodó y Juan Ramón Jiménez un lugar de privilegio en la lectura y comprensión contemporánea del arte poético de Rubén Darío.

<sup>17</sup> Rubén Darío, «Dilucidaciones», *El Canto Errante (1907)*, Poesías Completas (facsimile de la Edición del Centenario) (ed. Alfonso Mendez Plancarte / Antonio Oliver Belmás), Madrid, Aguilar, 1967, t. II, p. 697.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 700.